

biera decidido salir corriendo desde el rincón más alejado de la sala, a través y por encima de todos los oyentes. Volver a leer a Franz Kafka ahora, a los cien años de su nacimiento, merece la pena, y es una manera de homenaje fijarse en unas páginas que de tal manera nos dan otra noticia del dramático y sobrecogedor novelista.

Me acerca al tema de hoy, por otro lado bien distinto, el reciente y luminoso libro de Marino Gómez Santos *Españoles sin fronteras*. Siete figuras de nuestro mejor acervo intelectual de todos los tiempos, siete escritores absolutamente geniales, han servido para llenar estas páginas de color, de autenticidad, de sabiduría, de preocupación por España, de sentido y de ritmo para lo que es ya nuestra historia de la cultura... Gregorio Marañón, Claudio Sánchez Albornoz, Azorín, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala y Pío Baroja. Con otros cinco o seis más de su época —Unamuno, Antonio Machado, Eugenio d'Ors, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez...— completarían esa mal contada docena de talentos ante los que tenemos que sentir no sólo admiración, sino miedo al vacío que acaso nos está ya invadiendo por no encontrar nómina sucesoria. Los más egregios de hoy día —y los hay— no me quitarán la razón. En estas páginas de Gómez Santos, apretadas de testimonios inéditos, de cartas y de memorias, siete tálantes de excepción nos enseñan a ser apasionados y liberales, a ser objetivos y serenamente pugnaces, a no tener miedo a resultar contradictorios, a entender pensamiento y sentimiento como valores inseparables... Pero volvamos al cuento de hoy.

Los siete hablan de sus escritos ocasionales —obras maestras tantas veces— y de esas públicas disertaciones que les ayudaron a vivir en momentos difíciles. Marañón anima a Pérez de Ayala para que dé unas conferencias en América. Y dice cosas sensatísimas sobre el tema. Es un experto y le ofrece al amigo sus experiencias. «Existe una especie de cotización pública —escribe don Gregorio— del éxito del conferenciante y de comparación con lo que logró fulano o mengano, pero eso no tiene la menor importancia ni cuando es favorable ni cuando no lo es. Pasa en veinticuatro horas. El éxito de las conferencias depende exclusivamente de 15 ó 20 personas que son las mismas en un aula universitaria o en un gran teatro.»

Cierro el libro. Son las seis de la tarde. Una lluvia tímida y finísima abriga el árbol grande de mi «Parque pequeño». Un vientecillo ligero «mueve, esparce y desordena» las hojas en las ramas, tal como eran alterados los rubios cabellos en el cuello de la amante garcilasiana. Desde mi dique seco pienso que todavía podría llegar a tiempo de cumplir con un amigo asistiendo a su conferencia, ese género a *extinguir*.

José GARCIA NIETO
de la Real Academia Española

LA CONFERENCIA

SIEMPRE que me encamino hacia el podio preparado para dictar

una conferencia me asalta el pensamiento de que, de manera activa y en cierto modo irresponsable, estoy asistiendo a las postrimerías de un género a *extinguir*. La mañana anterior a la tarde señalada me ha ofrecido el índice del día y me he parado un momento a considerar los treinta rivales que voy a tener en la jornada. Ya se ha repetido bastante, hablando de la conferencia que «en Madrid, a las siete de la tarde, o la das o te la dan».

He estado en reclusión obligada más de quince días. A las gripes les suele ocurrir lo que a esas tormentas aparatosas, que guardan un penúltimo trueno para inquietarnos cuando parece que todo ha pasado. Es como un cohete que se multiplica, se divide, en un traqueo casi inaudible y hasta lírico. Mi madre le llama la *porrusalda*. Víctima de la enfermedad y de su coda perezosa han ido pasando unas tardes en las que algunos compromisos —a veces, sin duda, interesantes— iban gozando de mi inevitable ausencia. Me parece que he escrito tres o cuatro tarjetas de disculpa, y luego me han fallado las fuerzas. Desde aquí pido perdón a mis invitantes y a algunos otros atentos corresponsales. Que ABC me pase el importe de estas líneas publicitarias con las que acostumbran a cubrirse, de manera global y no sé si satisfactoriamente amistosa, los que se ven agobiados por una sobredosis de afectivas comunicaciones. Excusarse con motivo. Pues no es nada.

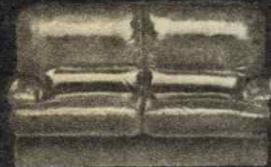
En estos trances en que la enfermedad no es grave, todo se vuelve muelle y paradisiacamente tranquilo a nuestro alrededor. Se encuentra uno libre de obligaciones, y el ritmo diario de trabajo, que no deja pensar en ese mismo trabajo, se rompe ahora en una calma que se presenta original, liberal y liberadora. Se saborean más despacio las cartas que se reciben, se paladean las contestaciones a las llamadas telefónicas, a la vez que se advierte a los amigos de confianza que no siempre es una obra de misericordia «visitar a los enfermos». «¡Qué tranquilidad violeta!»

Eduardo Carranza me contaba de aquel amigo colombiano, que fue favorecido de pronto por una discreta fortuna, y al que se encontró en un restaurante, completamente solo, ante una mesa abundantemente provista de exquisitos vinos y de suculentos manjares. «¿Qué haces...?» preguntó nuestro poeta al comensal solitario. Y éste le contestó: «Me estoy proporcionando algunas satisfacciones que me debía hace tiempo.» Pues bien, el enfermo leve, o menos grave, se encuentra de pronto justificado para no hacer en unos días sino aquello que le da la real gana. Es una satisfacción que el atareado se debía. Se encuentra cómodamente débil, se frota las manos del alma, pasea un poco, de habitación en habitación, por las verdes praderas de su ocio, y coge unos libros al azar o en los que había pensado, sin agobios, para-

una ocasión como ésta. Alguno llega también, entre la diaria correspondencia, que invita a una apacible cala.

Entre los primeros, y buscando a propósito la página, me he ido hacia un ejemplar que me incita con frecuencia. Se trata de los *Diarios*, de Kafka. Treinta años exactos lleva el tomo conmigo. Tengo una edición de *Emece*, de Buenos Aires (1953). Conservo el libro cuidadosamente encuadernado. Si mi modesta biblioteca no se adorna con el lujo de numerosas encuadernaciones, sí tengo algunos títulos de mi particular devoción que he salvado de la rústica. Se trata de leerlos y, a veces, de acariciarlos. La elección ha sido siempre caprichosa y, en ocasiones, deliciosamente injusta. Aunque me pase con los libros lo que a aquel apasionado por las mujeres, que decía: «A mí me gustan esas que gustan a todos; esas que gustan sólo a algunos, y esas que me gustan sólo a mí.» Una vez, después de tantas, he abierto esos sabrosísimos *Diarios*, y llevado torpemente por mi mala memoria —yo nunca subrayo los libros; hasta ahí el respeto que me producen— he conseguido al fin dar con las páginas que buscaba. Se refieren a unas agudas y sarcásticas acotaciones del autor de *El proceso* sobre las conferencias o lecturas a las que muchas veces estaba obligado a asistir. El humor de Kafka se recrea en aquel conferenciante que presenta *Algunas páginas inéditas de mi pluma*. «El lector es un escritor mediocre, con aciertos parciales; además es un hombre honesto que quiere leer lo que ha prometido, pero el público no le deja, asustado por el primer relato sobre un sanatorio de enfermos mentales, y aburrido por su manera de leer; todos se van a pesar del suspenso barato del cuento; desfilan incesantemente, uno por uno, con prisa, como si hubiera otra conferencia en la habitación de al lado...» La crítica kafkiana sigue implacable: «Cuando después de leer el primer tercio del relato bebió un poco de agua mineral se fue una cantidad de gente. Se asustó. «Ya termino», mintió descaradamente... A continuación leyó un cuento que en ciertos momentos justificaba a cualquiera que hu-

EL TRESILLO DE PIEL



AV. DE BAVIERA, 1
(Parque de las Avenidas)

"ABC" Madrid 9. Mayo 83